

Kohei Saito; *EL CAPITAL EN LA ERA DEL ANTROPOCENO*, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona 2022 (334 pp.), ISBN: 978-84-666-7



Jordi Roca Jusmet

Universidad de Barcelona

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-7766-3759>

jordiroca@ub.edu

Este libro es la traducción del original en japonés, publicado en 2020 por el joven filósofo Kohei Saito. La obra fue galardonada con el premio Asian Book Award y ha sido un auténtico *best seller* con medio millón de ventas en Japón. Estos datos ya son por sí mismos suficientes para despertar la curiosidad de los interesados por la crisis ecosocial, sus causas y las políticas para hacerle frente. Y aún más cuando se sabe que el libro defiende abiertamente el "comunismo decrecentista". Paradójicamente, su éxito mediático parece desmentir una de las afirmaciones que encontramos en sus páginas: que la joven generación de Japón es, en contraste a lo que pasa en Europa o Estados Unidos, muy insensible a las propuestas sobre decrecimiento y más a sus versiones más radicales.

El libro, muy bien escrito y en tono fuertemente polémico, tiene básicamente tres grandes temas que se entrelazan entre sí. En primer lugar, se lleva a cabo una síntesis de la dinámica y causas de la crisis ecosocial. En segundo lugar, se ponen en cuestión las ideas habituales sobre Marx y ecología. Y, por último, se plantean ideas sobre las políticas para hacer frente a la crisis.

Respecto a la crisis ecosocial, el análisis está muy bien informado (aunque quizás demasiado centrado en la cuestión climática), bebiendo de la tradición de la economía ecológica y utilizando ejemplos bien seleccionados. Es de celebrar que un libro de tal difusión ponga al alcance del público este análisis y coincido plenamente con el núcleo de su tesis: el crecimiento económico capitalista ha sido ecológica y socialmente devastador y se ha basado en que gran parte de los costes que ha generado se han externalizado desde unos países ricos hacia otros más pobres.

Sin embargo, creo que el discurso debería ser en algunos casos más matizado. Por ejemplo, en el libro (p.31-35) se plantea que el periodo clave en que se disparan las emisiones *globales* de CO₂ es el posterior al fin de la Guerra Fría en que predominan las políticas neoliberales; pero el hecho es que el mayor

aumento *relativo* de las emisiones se dio en las décadas de 1960s y 1950s, a lo que sin duda contribuyó el gran aumento de la población mundial que afortunadamente está desacelerándose desde hace mucho tiempo y con toda probabilidad seguirá desacelerándose. Destaca que no haya ni una referencia al tema demográfico, ciertamente poco considerado por la tradición marxista, pero de gran relevancia ecológica.

Comparto totalmente la conclusión de que las mejoras tecnológicas han sido por lo general (una excepción muy particular es la del debilitamiento de la capa de ozono) totalmente insuficientes para contrarrestar las presiones derivadas del crecimiento económico de forma que el "crecimiento verde" ha sido una consigna tranquilizadora que no ha impedido la degradación ecológica y que sirve para retardar el necesario desescalamiento en el uso de energía y materiales propio de lo que el libro denomina "el modo de vida imperial". Es suicida confiar en el desarrollo tecnológico como solución a todos los males y el cambio tecnológico frecuentemente reduce algunos problemas pero crea otros. Sin embargo, en este terreno como en otros, hay que ser cauto y huir de determinismos.

Por otro lado, para Saito, como para la inmensa mayoría del ecologismo más de izquierdas, un capitalismo sin crecimiento es simplemente una contradicción teórica: el capital necesita el crecimiento y, por tanto, si la principal causa de la crisis ecológica es el crecimiento económico, todo lo que no pase por acabar con el capitalismo es bien intencionado, pero no puede evitar la catástrofe ecológica. Incluso autores tan relevantes e interesantes como Kate Raworth o Dan O'Neill son (creo que muy injustamente) criticados porque "se mantienen al margen de los problemas del sistema capitalista. Se percibe aquí el característico gesto esquivo de los defensores del decrecimiento, que evitan afrontar los problemas del capitalismo" (p.92). Volveremos luego a estas cuestiones de políticas ambientales.

Es un poco irónico que la indisoluble relación entre capitalismo y crecimiento se escriba desde Japón, que ha vivido tres décadas de casi estancamiento sin que parezca haber indicios de caída próxima del capitalismo. Saito se autoresponde argumentando que el estancamiento se vive en Japón como un fracaso, lo que sin duda es cierto, y que es algo inestable lo que ya no es tan claro porque después de décadas de estancamiento más que de inestabilidad quizás se habría de hablar de "mala salud de hierro". El hecho es que ciertamente los capitalistas tienden a invertir parte de sus ganancias para acumular más y más capital y para ello nada mejor que una economía en crecimiento en la que el "pastel" va creciendo con lo que, además, los conflictos distributivos pueden gestionarse más fácilmente. Pero de aquí a negar la posibilidad de una economía capitalista (es decir, con trabajo asalariado y guiada por la búsqueda de obtener beneficios de la inversión) con períodos largos de estancamiento -e incluso fases de decrecimiento que no impiden que unos negocios prosperen, mientras otros fracasan- hay un gran trecho. Estancamiento que, desde luego, no resolvería la crisis ecológica puesto que la causa de esta no es únicamente el crecimiento sino también la lógica capitalista de olvidar los costes sociales que no afectan a la cuenta de resultados de las empresas.

Pero pasemos al segundo gran tema del libro: Marx y la ecología. Como es sabido, la principal crítica ecologista al marxismo ha sido su visión optimista del crecimiento de las "fuerzas productivas" según la cual existiría un progreso en la historia (aunque plagado de enormes sufrimientos humanos): el progreso tecnológico acabaría creando las condiciones para la liberación humana en la futura sociedad comunista. Esta visión de avance de la historia, aunque sea "por el lado malo" contrasta ciertamente con algunas profundas observaciones ecológicas de Marx tales como la ruptura en el metabolismo entre sociedad y naturaleza producida por la agricultura capitalista tal como hace muchas décadas destacó el filósofo marxista y ecologista Manuel Sacristán.¹ Es decir, que puede muy razonablemente pensarse que Marx estaba imbuido por el concepto "fuerzas productivas" (sin ver plenamente la componente "destructiva") y

¹ Manuel Sacristán, "Algunos atisbos político-ecológicos de Marx", *mientras tanto*, n.21, diciembre 1984: pp. 39-49.

que a pesar de ello se preocupó ya en su tiempo de algunas cuestiones ecológicas y que algunas categorías de su análisis pueden utilizarse para abordar los problemas ecológicos actuales.

Pero la posición de Saito en el libro comentado va mucho más allá. Mantiene de forma muy vehemente que hay una ruptura radical ("una gran mutación de la mismísima concepción del comunismo" (p.149)) entre el Marx no solo de sus primeros escritos sino también del Libro I de *El Capital* en los que prevalece una visión unilineal y eurocéntrica de la historia respecto al "último Marx" que, centrado en el estudio de la ecología y de comunidades agrarias precapitalistas, se mostraba favorable al "comunismo decrecentista". El propio Engels, que es quien preparó y publicó los libros segundo y tercero de *El Capital* a partir de textos y notas de Marx, no habría entendido adecuadamente las nuevas ideas de Marx. En las propias palabras del autor: "El resultado fue que la visión histórica de Marx ha permanecido malinterpretada hasta ahora, como una visión unilineal de la historia como progreso, y los supremacistas de las fuerzas productivas impusieron el paradigma de las ideas de la izquierda. Por culpa de ello, durante 150 años de la publicación de *El capital*, el marxismo no pudo criticar los problemas medioambientales como la contradicción fundamental del capitalismo, y contribuyó con ello a agravar el problema ambiental del Antropoceno hasta el extremo que padecemos en el presente" (p.165).

La evidencia presentada para sus afirmaciones es muy limitada y se centra básicamente en los largos borradores de respuesta a una carta de una revolucionaria rusa, Vera Zasúlich, que se encuentran entre los manuscritos de Marx, y en la interpretación de algunas expresiones de la *Crítica al Programa de Gotha*. No negaré el interés que el tema tiene para los estudiosos de la obra de Marx, pero la pasión con la que se defiende una culminación de un nuevo pensamiento del "último Marx" que nos orientará con una mirada totalmente nueva ante los problemas actuales me despierta una sensación de estar ante una actitud algo hagiográfica respecto a Marx.

En tercer y último lugar, está el tema de las políticas. En coherencia con el anterior punto, Saito busca en su lectura del "último Marx" orientación para la acción colectiva actual. Para él, Marx revisó su visión política admirado por la gestión agraria de las "comunidades de la marca" de los antiguos pueblos germánicos y reflexionando sobre la resistencia de las comunidades rusas o *naródniki* frente a los avances del capitalismo (sobre la cual Vera Zasúlich le pedía definición). Para Saito este tipo de gestión de "lo común" orientado al valor de uso y no al valor de cambio es el que ha de inspirar la política ecológica, necesariamente anticapitalista. Ciertamente, hay que apoyar y extender este tipo de experiencias y aprender de comunidades actuales -especialmente del Sur global- que defienden su "soberanía alimentaria". Además, en algunos casos se pueden relacionar con experiencias más allá del mundo agrario como, por ejemplo, las comunidades energéticas que crecen actualmente en algunos pueblos y ciudades o con iniciativas comunitarias de autoorganización para atender otros "valores de uso". De forma más amplia el autor defiende la creación de cooperativas de trabajadores, camino muy interesante, aunque pensar que la toma de control de la producción por los propios trabajadores llevará casi inevitablemente a una economía centrada únicamente en el valor de uso y en relación armónica con la naturaleza suena bastante ingenuo. Y no siempre son los propios usuarios los que pueden autoproducir bienes esenciales; por ejemplo, el autor habla de cómo en la covid-19 tenía que prevalecer el valor de uso y no de cambio con la distribución libre de vacunas, pero ¿quien las produce y gestiona su distribución?

La visión del libro sobre el Estado me parece demasiado simple. Por muy justificado que esté pensar que el Estado difícilmente se enfrenta a los principales intereses del capital, y sea imprescindible la presión de los movimientos sociales para alguna decisión en este sentido, ello no es obstáculo para que un Estado democrático pueda organizar actividades en función del valor de uso y no del valor de cambio (¿qué representan sino la sanidad o la enseñanza pública y gratuita o los parques públicos de vivienda?) o apostando por modelos no fósiles de transporte. Aquí Saito cae en mi opinión también en una excesiva dicotomía. Así, destaca las posibilidades revolucionarias de la política municipal (y hace bien en tomar

como ejemplo la experiencia de Barcelona en Comú en el ayuntamiento de Barcelona) pero casi desprecia las posibilidades en este sentido de los gobiernos centrales cuando lo ideal (como demuestran los límites de las experiencias municipales) es que coexistan políticas transformadoras en los diferentes niveles de la administración.

Otra dicotomía que creo mal enfocada es entre las políticas de consumo y de producción. Las primeras son prácticamente despreciadas y de hecho el libro empieza con una página en la que leemos frases como las siguientes: "¿Estás tomando alguna medida contra el calentamiento global? (...) solo con esta clase de conductas bienintencionadas no llegarás a nada; es más, podrían ser hasta contraproducentes (...) creyéndonos que estamos adoptando medidas contra el cambio climático, no daremos el paso definitivo para actuar con mucha más audacia, que es lo que realmente se necesita" (p.9). Los efectos que puede tener, por ejemplo, una política de consumo orientada a comer menos carne pueden ser significativos para desacelerar la degradación ecológica; además, experimentar formas de vida menos consumistas es esencial para romper en el futuro con lo que el autor llama la "escasez creada" que está tan arraigada en los estilos de vida de buena parte de la población.

Cabe preguntarse: ¿qué significa el "paso definitivo para Saito? No se refiere a una toma del poder estatal que bajo el nombre de "maoísmo climático" rechaza abiertamente por autoritaria. Si es así, no veo otra que confiar a *la* Erik Olin Wright² en dos estrategias para superar el capitalismo que al menos pueden reportar ya mejoras y que pueden ser complementarias y reforzarse mutuamente: 1) la ampliación de la acción estatal -tanto del estado central como de los municipios- en un marco democrático que bien puede incorporar nuevas instituciones como las asambleas ciudadanas que tanto defiende Saito o propuestas como la de Vatn de creación de una cámara defensora de las generaciones futuras;³ 2) la estrategia intersticial basada en hacer crecer "especies" como las cooperativas de trabajadores y las asociaciones de ciudadanos autorganizados para atender a sus necesidades que -incluso en el sistema capitalista- pueden sobrevivir y ganar más o menos terreno dentro de los complejos "ecosistemas económicos".

El futuro está abierto y cualquier avance en la mejora de los que sufren y en la relación del medio ambiente vale la pena sin esperar al "paso definitivo" aunque sin perder la perspectiva de la necesidad de cambios radicales. Celebro la gran difusión de un libro centrado en la importancia de la crisis social, que aboga por políticas ambiciosas y que contribuye al debate.

² Erik Olin Wright, *Construyendo utopías reales*, Ediciones Akal, Madrid, 2014.

³ Arild Vatn, "Institutions for sustainability—Towards an expanded research program for ecological economics", *Ecological Economics*, vol. 168, February 2020, 106507.